

# La Biblioteca del Aula

José Benito Nieto

Es muy difícil encontrar una persona, que se dedique a la investigación pedagógica, que sea capaz de defender el libro de texto tal y como se sigue usando en este país en el 95 por 100 de las aulas. Esto indica que la teoría y la práctica no van unidas; es fácil, por contra, encontrarse progresistas "teóricos" (incluso "prácticos" en otros campos de su existencia) con una mecánica de trabajo en la cual es el libro de texto el protagonista, casi único personaje, de ese drama de su aula, alrededor del cual hay unos personajes secundarios, los alumnos, incluso él mismo. Por otro lado, no resulta difícil darse cuenta que la pobreza del uso exclusivo del libro de texto, por muy bueno que éste sea, sumerge a la clase - pasadas las ilusiones de los primeros días de curso- en un gran aburrimiento; los niños ya se conocen todas las ilustraciones, los más activos han hecho, antes incluso de llegar a ellas, las actividades que les resultan gratificantes; comienzan a identificar libro de texto con obligación, por extensión, todo libro es una obligación, algo odiable, más en los barrios obreros, donde el único libro con el que la mayoría de estos niños entran en contacto es el de texto (y porque les obligan); para ellos "libro" (versus "cultura") será algo molesto de lo que cuanto más lejos mejor (y, mientras, el capitalismo, basándose en la incultura del proletariado...etc.).

Con lo anterior, no hay escapatoria; todo buen profesional debe proporcionar a sus alumnos una diversificación de libros, que sacien su curiosidad y que les estimulen a la lectura recreativa y de investigación. Hay dos posibilidades: la primera sería que sacasen de bibliotecas esos libros, pero esta choca con dos inconvenientes fuertes; no suele haber bibliotecas infantiles (a veces incluso en los propios colegios; apena ver centros de EGB con el Larrousse y sin ningún libro infantil) y en caso de que los haya, la mecánica de los préstamos de libros es algo compleja, lo que hace que el interés inmediato de un niño por leer no pueda verse satisfecho con prontitud; la otra alternativa es la de crear en la propia aula la Biblioteca.

## CREACIÓN DE LA BIBLIOTECA

Para la creación de esta minibiblioteca hay que salvar previamente tres escollos: el de la Administración Educativa, que, salvo este año y con excepciones, manda al profesorado a los centros, poco antes de iniciarse el curso, con una presión por parte de padres y libreros para que les

digan qué libros comprar, los profes mandan, casi siempre con prisas, la lista de libros, entre los que va siempre el libro de lectura. Normalmente este libro de lectura consta de cuentos o narraciones breves que todos y cada uno de los niños van a tener igual, cuando sabemos que dentro de la misma clase hay diferentes niveles de lectura (no sólo en cuanto a velocidad-comprensión, sino en cuanto a intereses) y que, además, cuesta unas 300 pesetas; otro escollo es. el de la interrelación entre el libro de actividades de lenguaje y el propio libro de lectura (para salvar este escollo, simplemente debe buscarse una editorial en que sean independientes, las hay); y el más grave es el del docente, en sus dos caras: el de la falta de información sobre bibliografía infantil y el de la falta de voluntad (resulta mucho más cómodo mandar comprar los libros de texto).

La propuesta no es suprimir los libros de texto, sería demasiado pedir, éstos pueden ser compatibles con la biblioteca del aula; sólo basta con no comprar aquellos que consideremos como no, indispensables y en su lugar pedir el correspondiente dinero a los padres (hasta que llegue la Escuela Pública, luego los libros serán gratuitos, prometido) y con una lista previa en la que vayan libros de lectura (recreativos) y de consulta (informativos) iniciar la susodicha biblioteca.

## **METODOLOGIA DE TRABAJO Y EXPERIENCIAS**

Lo que sigue a partir de aquí, fue la experiencia de un colegio de Leganés entre siete aulas de 2.º nivel de EGB. Tras el planteamiento anterior, los propios padres recaudaron las cuotas correspondientes (300 pts./niño) y se compraron 350 libros (eran 270 alumnos) diferentes, básicamente recreativos (hay que recordar que un objetivo base de 2.º es el dominio de la lectura) pero también de consulta, de texto de varias editoriales e incluso un diccionario. Se hicieron los 7 montones correspondientes, con sus listas respectivas para saber qué libros había en cada montón, y se repartieron; los primeros viernes de mes pasaba el montón a la clase siguiente, recibiendo el de la clase anterior; esto solucionaba el gran problema del tedio que podía surgir en los niños al tener siempre los mismos libros, con la consiguiente alegría al recibir los nuevos (que todo hay que valorarlo).

Ya en la clase, los libros eran una buena excusa para crear un equipo de bibliotecarios. A cada libro se le había puesto en el lomo un número (recordemos que teníamos una lista de cada lote de libros en la que aparecían los números correspondientes a cada libro) y un buen forro, cosa muy importante, dada la asombrosa facilidad con la que un libro mal protegido puede descomponerse al contacto de determinadas manos. Siempre había alguien encargado del mantenimiento en buen estado de los libros, así como del control de los que se pedían, entre otras cosas, porque había que entregar el lote completo y en perfecto estado de revista a la clase siguiente en su momento. Cabe pensar que con 7 aulas se puede comprar un buen lote de libros, pero en la mayoría de los colegios no hay tal cantidad de grupos del mismo nivel; la solución está en unirse los profesores de niveles próximos (1.º y 2.º, 3.º- 4.º y 5.º, 2.º etapa) para hacer una experiencia similar, ante todo conviene poder ofrecer diversidad al alumno para que pueda elegir lo más atractivo para él, y entre esos niveles los intereses y capacidades son muy próximos.

Dentro de la clase, los niños en las horas de trabajo personal, podían coger libremente el libro que quisiesen, bien para preparar un tema que ellos mismos expondrían después o por el simple placer de leerlo.

Había un miembro del equipo de biblioteca -normalmente rotatorio- encargado de apuntar todas las tardes a cada niño el número del libro que se llevaba para su casa al lado de su nombre en el cuadradito correspondiente a ese día (la lista de los nombres estaba plastificada, con lo que lo único que había que hacer era cambiar el papel de las cuadrículas cuando se agotaba); ese mismo niño a la mañana siguiente iba tachando a cada niño el número correspondiente a medida que estos entraban en la clase con el libro, el niño que se le había tachado, ya colocaba el libro en la estantería; aquel niño que no traía el libro, no recibía otro hasta que no devolviese el que tenía apuntado (o su importe, en caso de haberlo perdido; el importe se sabía ya que junto al número en la lista estaba el título y seguido a éste su importe); el número de libros extraviados durante todo el curso, sacando todos los días todos los niños, uno, no llegó a un 5 por. 100. El prestar los libros no llevaba más de 10 minutos al final de la tarde, el recogerlos por la mañana sólo el tiempo que tardan en ir entrando; cuestión de práctica. Era norma obligatoria llevarse el libro, no así el leerlo. Pero ello, al hojearlo, les atraía, esa curiosidad les impulsaba a la lectura. Lectura que no sólo hacían ellos, sino también sus hermanos, a veces incluso los propios padres.

Siempre había una serie de libros que gustaban a todos los niños más que otros, y por los que se pegaban; este problema se solucionó llamando a los niños para tomar prestados los libros en un orden, de forma que todos, al cabo del mes, pudieran coger los que más les gustasen.

La ley del menor esfuerzo llevaba a los niños a coger aquellos libros de menor texto y muchas ilustraciones; pero había libros que encerraban para ellos mayor interés, solo había que descubrirselos; el sistema era leerles fragmentos, incluso el libro entero; era curioso comprobar que un libro que apenas tomaban, una vez leído era de los primeros en desaparecer de la estantería.

De paso, todos esos libros servían al profesor para despertar en el alumnado interés por temas concretos así como para el desarrollo de esos temas.

Como producto final básico, aunque no único, se encontró un gran desarrollo en la velocidad, entonación y comprensión de la lectura; transformándose ésta de una obligación en un placer, y el libro, de una cadena en un objeto lúdico.

Como nota complementaria, para los interesados en hacer esta biblioteca de aula, podéis usar las fichas de Bibliografía Infantil de las páginas interiores de T.E. Las revistas Acción Educativa, Reforma de la Escuela y Cuadernos de Pedagogía tienen varios números dedicados a este tema; también es interesante la página central del suplemento "Libros" que aparece los domingos en el periódico "El País".